

Tras la línea

La forma de los sueños

Sergio González Rodríguez

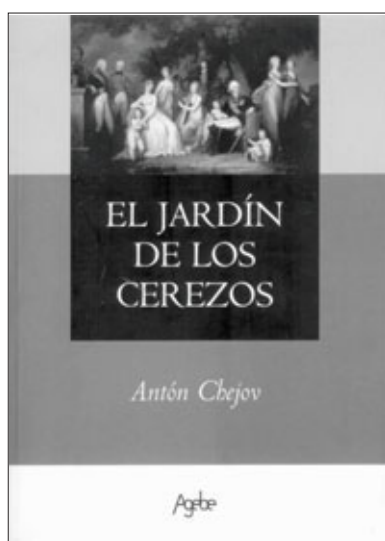
La esquina cercana adonde vivo mantuvo una librería desde muchos años atrás. En la última década comenzó a decaer. Dos otoños atrás, cerró sus puertas. Sus libros eran ya polvo y humo de otra era. Para alguien como yo, a quien el libro ha sido compañía irrenunciable, aquello fue el presagio también de cómo se extinguía una determinación de los sueños.

He soñado que entraba en una librería inserta en medio de un crucero de grandes avenidas, avenida Barranca del Muerto y Anillo Periférico Sur, alguna vez mi zona de tránsito hacia el barrio montañoso en el que viví cerca de una década sobre la Calzada de Las Águilas. La librería era un cubículo de dos por tres metros, con un solo mostrador.

Detrás del mostrador estaba un hombre mayor de cabellera blanca, cordial, de origen argentino. Tenía un asistente joven. Además de pocos libros, ofrecía un puñado de mercancías dispersas, ajenas entre sí, como fármacos, revistas, golosinas. Había una persona en la librería, que el sueño quiso identificar con un amigo, sin nombre, sin rostro, que conversaba con el dependiente. Al hacerlo, tomaba un libro del mostrador y lo hojeaba.

Me acerqué a observar el libro: llevaba una portada a dos tintas, el papel blanco, la tipografía del título en negro, el retrato de un ramaje fino en color carmín pálido que recortaba la figura de un árbol. Su título era: *El vapor rosado en el jardín sereno*. Era un desplante emotivo. Salí de la librería, quizás a tomar un respiro. Sentí que debía irme de allí, pero me intrigaba el libro aquel.

Volví a la librería, quise entrar por la misma puerta que acababa de transponer, pero ahora la entrada, por su estrechez, era



intransitable. Desde allí volví a observar, incrédulo, el título, y lo memoricé: *El vapor rosado en el jardín sereno*. El argentino y mi amigo sin nombre y sin rostro charlaban aún. Evoco en el sueño, que suele tener su propio invernadero de recuerdos distinto al de la vida despierta, otro título apenas entrevisto por mí: *El jardín de los cerezos*.

En ese momento el despertar me llama. Escucho dos, tres golpes, quizás un vecino cierra una puerta o un clóset. Doy un par de pasos atrás, me despido de la librería y del entorno de avenidas y camellones, edificios distantes y un cielo abierto de color gris, la mirada amplia. Y mi cuerpo se alerta y estira. Desarrugo aquel escenario. Al abrir los ojos, el sol que se cuela tras las persianas me conduce a un nombre: Antón Chéjov. Sí, de mi mente debió de salir aquel libro de título tan cargado de emotividad que suscitó mi aversión incrédula.

No sin cierta inquietud, consulto la guía del diccionario sobre *El jardín de los cerezos*: la obra teatral de Chéjov trata sobre la quiebra de una familia que afronta

la pérdida de su patrimonio por deudas de dinero y la tala del bello jardín de su casa. Me estremezco: nunca he leído dicha obra ni he asistido a su representación; sin embargo, refleja la historia de mi propia familia.

Lo que acude a mi mente enseguida, como el eco de una música eventual y críptica, es el recuerdo de la librería real (Nuevos Horizontes) de la esquina que desapareció para dar lugar a una nevería y cafetería que ahora congrega a niños y familias de la mañana a la noche. Su emblema ostenta un rectángulo color de rosa con la efigie de una vaca blanquinegra.

Desde luego, para mí carece de interés el contenido encubierto que originó mi sueño, y que aquí he resumido en sus líneas generales, pero me atrae aproximarme a la forma como se construyen los sueños. El fenómeno de transformación a que acceden el pensamiento, la memoria y el lenguaje en su derecho-revés, lo onírico que influye en la realidad y viceversa. Es decir, me intriga el sueño como un método de escritura.

Si fuera el caso narrativo tal como lo aprecio, a los sueños habría que leerlos para comprender su forma (que es lo que me interesa como dispositivo de la imaginación) y su contenido (sin el cual lo anterior resulta imposible) de atrás hacia adelante, lo que indica, al menos en el ejemplo referido, que cada sueño se realiza bajo el modelo del *taijitu* (yin y yang): los opuestos complementarios, relativos, intercambiables.

Al mismo tiempo los sueños serían, incluso los sueños inconclusos o absurdos, una expresión circular entre la realidad y el deseo, lo concreto y lo ilusorio; al trasvasar ambos, se unen los extremos, por lo

que su modelo reitera el uróboros, el símbolo del animal que engulle su propia forma y expone una circularidad.

Como es obvio, el desenlace del sueño se entrecruza con el despertar y lo mundano, mientras el inicio o desarrollo remite a lo profundo de la subjetividad. Cada sueño procede y crea su forma particular, a la que puede acercarse la conciencia si memoriza durante el propio sueño (o al despertar) algún rasgo, signo, indicio que habrá de convertirse en el hilo de la trama del tapete. Un tapete distinto e irrepetible cada noche, cuyo secreto final resultará un misterio perdurable.

Henry James se aproximó a tal procedimiento en una célebre novela, *La figura de la alfombra*, que narra la historia de los críticos que quieren descifrar el secreto que oculta la novela de un escritor de gran prestigio. El primer crítico, voz narrativa en el relato de James, desiste ante la dificultad del reto, mientras el segundo logra, después de ingentes esfuerzos, descubrir el secreto:

Todas las páginas actuaban en su interior, y un día, en algún lugar, cuando no pensaba en ello, quedaron dispuestas, con toda su soberbia complejidad, de acuerdo con la única combinación correcta. La figura de la alfombra afloró a la superficie.

Sin embargo, ni el narrador ni nosotros que lo leemos sabremos en qué consiste tal secreto, pues la muerte del novelista como la del crítico tenaz impide tal saber. La enseñanza de Henry James, la imposibilidad de conocer el secreto de secretos, delata a su vez la imposibilidad de la interpretación única del texto, tema que cautivó al filósofo Jacques Derrida, y que se extiende también a todos los métodos de interpretación de los sueños.

Así como la muerte es el límite de la experiencia humana, el despertar disuelve las piezas narrativas, su juego, reglas y combinatoria. La interpretación se multiplica y cada una sólo guarda un rasgo del secreto integral. Nos queda el eco de la forma como se construye cada sueño, que ahora se hallaría en extinción.

Así como Jonathan Crary pudo examinar el surgimiento de las máquinas que

fabrican sueños a lo largo de la modernidad, en su obra *24/7* ha logrado estudiar el declive del acto de soñar tal como los humanos lo realizaron durante milenios. El ultracapitalismo o capitalismo de las máquinas, que une a la técnica, las plataformas militares y el gran capital en el nuevo emplazamiento geoestratégico, ha decidido que perder la tercera parte de nuestra vida en el sueño es algo contrario a la eficacia y potencialidad productiva de cada persona.

Desde años atrás, el ejército estadounidense realiza investigaciones acerca de cómo algunas especies animales, como el gorrión coronado blanco, puede volar en viaje migratorio y mantenerse despierto durante siete días. Soldados y pilotos de guerra han realizado sus tareas en diversos teatros de operaciones bélicas mediante el uso de fármacos (anfetaminas) a lo largo de la segunda mitad del siglo XX a la fecha, pero ahora se trata de hallar medios más contundentes. El soñar peligra.

en forma sistemática, y cuyos resultados están reservados. “Por supuesto el sueño”, afirma Crary,

en su profunda inutilidad y pasividad intrínseca, con su incalculable pérdida de tiempo, de producción, circulación y consumo, siempre chocará con las demandas de un universo 24/7 sin pausa, y será lugar de crisis. La mayor parte de nuestra vida que gastamos dormidos permanece como una de las grandes afrentas humanas a la vida económica actual (Cfr. “Sobre los finales del sueño: sombras en el resplandor de un mundo 24/7” en: http://www.estudiosvisuales.net/revista/pdf/num5/crary_24_7.pdf).

Poco a poco, el sueño del gorrión se ha convertido en insomnio humano, y el sueño de las personas adviene vigilia de las máquinas, redes y sistemas. Por mera curiosidad emprendí la lectura de *El jardín de los cerezos*. El desenlace, cuando los



Antón Chéjov

Crary recuerda también que un consorcio europeo y ruso desarrolló un proyecto para poner en órbita satélites que reflejan la luz solar sobre territorios específicos, lo cual permitiría ahorrar costos de energía en zonas urbanas o industriales, e incrementar la productividad. Las consecuencias ecológicas y humanas de tal trastorno se mantienen ajenas al cálculo del proyecto.

El último ejemplo “hiperbólico” que el investigador da para documentar el término del orden natural del sueño en la historia humana son los experimentos con presuntos terroristas que fueron torturados con el método de privación del sueño

miembros de la familia deben despedirse de su casa, de su jardín amado, resulta conmovedor. Mi conmoción se vuelve pavor cuando leo las últimas líneas:

Se oye un sonido lejano que parece venir del cielo. Sonido moribundo y triste, semejante al de la cuerda de un instrumento al romperse. Se hace el silencio, escuchando sólo como a lo lejos, en el jardín, el hacha golpear contra el árbol.

Lo que me despertó de mi sueño aquel no fue un vecino y su cerrar de puertas, era el mismo sonido. El tajo aquel contra el mundo de los sueños. **U**